

Escuela Normal de Profesores "Mariano Acosta".

Discurso pronunciado por el alumno de 7º año Letras, Julio Florencio Cortázar con motivo de cumplirse el 61º aniversario de la escuela. Buenos Aires 1935.

Señor Director. Señores ex- alumnos de la casa. Señores profesores.

Compañeros:

Un renovado dieciséis de junio vuelve a unirnos en este lugar. La consigna de los sentimientos, más poderosa que ninguna otra, quiere ver juntas a tres épocas del hombre, bajo los techos acogedores de la Escuela Normal. Quiere ver a los que estudiaron en días ya lejanos y rindieron el máximo esfuerzo por la conquista del ideal. Junto a ellos, quiere ver a la generación que se lanza hacia el porvenir con el optimismo a flor de labios. Y quiere tener junto a sí a esos niños que ven en la vida un sueño maravilloso, y ríen siempre, como si fuesen flores abiertas. Reunidos en el abrazo de la multitud apretada, la consigna de los sentimientos contempla nuestra presencia y la agradece. Porque en esas tres épocas del hombre palpita una afirmación impetuosa: la vida misma. Esa vida de la que dijera Pondal Ríos que es una fervorosa expresión de presente. Esa vida que trabaja en las mentes de los que han alcanzado una meta, que está en las esperanzas de los que nos lanzamos a ella, que late en los pequeños corazones escondidos bajo el albo guardapolvo del colegial.

Es de esa vida que quiero hablaros, alumnos que fuisteis y amigos que soís de esta Escuela Normal. Si es cierto que los ideales de una generación no se transmiten a otra, permitidme que os diga de nuestros ideales y de nuestros temores. Para que después, midiendo la impetuosidad a veces irreflexiva, pero siempre sincera, que nos arrastra, nos ayudéis con la palabra serena de los que han caminado mucho y conocen los cielos y las hierbas del sendero.

El aniversario que hoy conmemoramos nos sorprende en momentos de alegría y aflicción simultáneas. Hace tres días, manos de hombres de estado dieron realidad al anhelo que oprimía

a todos los pueblos americanos. Y una paz que el mundo ansiaba se cerró bajo los cordones y el sello de un pergamino. Por eso estamos contentos, y hay más luz en las pupilas de la juventud. Sin embargo... ¡Ah, qué triste es pensar en el balance de una guerra! ¡Con qué amargura se contempla imaginativamente el espectáculo que ofrece una nación después de perder la sangre de sus hijos!... Recuerdo que siendo niño me complacía mirar grabados que ilustraban sobre los horrores de la contienda mundial del catorce. Y había masas informes que fueron alguna vez edificios. Y paredes donde antes colgaba el pizarrón de una escuelita rural. Y manchas oscuras en esas paredes.

A los niños les agrada la guerra, porque ven en ella actividad y realización heroica. A mi también me gustaba la guerra. ¡La describían tan hermosa, las poesías épicas! Se hablaba en ellas de valor, de nobleza, de masculinidad. Se empleaba una terminología brillante y ostentosa, como las carpas multicolores de los circos y la rueda de fuego que encendíamos cada Navidad. ¡Oh, todos los niños creíamos que la guerra era otra cosa!...

Hoy, grave la frente e inquisidora la pupila, hemos dejado de idealizar la guerra. Una literatura amarga y realista, nacida de cerebros lacerados por el infierno del catorce, preparó la comprensión. Mostró la verdad, el espanto, la inmensa blasfemia de ese choque de pueblos en que la humanidad se pierde bajo el caos de lo inhumano. Y ahora, como comprobación de la verdad que encerraban esos libros que desengañaron nuestras esperanzas, se abre la guerra del Chaco. A manera de testimonio, para que asomen a ella sus ojos y sus mentes, todas las juventudes americanas!...

Estos últimos han sido años amargos. Pero han tenido la virtud de ofrecerse como aprendizaje de verdades para nosotros. La venda que el siglo pasado nos impusiera, ha quedado perdida en el polvo del tiempo. ¡Y es hora de que el mundo sepa que nuestros ojos miran hacia arriba y ven la verdad en el horizonte de lo futuro!. Cada maestro, cada bachiller, cada estudiante de la Argentina y de América posee un convencimiento emanado del duro ejemplo que nos han ofrecido dos naciones abrazadas en el espantoso duelo. Sin romanticismo, sin sensiblería, cada joven conoce y valora la verdad que encierra la frase de Lord Byron, grabada en su "Don Juan"

con letras de fuego: “¡Es mucho más hermoso secar una sola lágrima que derramar un río de sangre!...” Un río de sangre estéril, agregaría yo.

Ayer a mediodía cesó el fuego en las trincheras. Sí, la guerra ha terminado. ¿Pero quién podrá decir cuándo cesarán de llorar las madres!

Ahora, frente a la realidad, yo os consulto a vosotros, que sois nuestros maestros. Decidnos: ¿Es hermosa la guerra? ¿Es como la pintaba Tirteo; como nos la describían las lecturas de la infancia? ¡Ah, vosotros sabéis que no, y nos acompañáis en la conjunción del unánime repudio! Comprendéis nuestro ideal de paz. ¡Eso es lo que queremos, y por ello os damos las gracias!...

Alguien ha dicho del siglo en que vivimos que es el de la acción. Las épocas de la escolástica medieval y la Enciclopedia pertenecen al pasado. Para los hombres del presente rige un imperativo. Mauricio Maeterlinck lo dijo una vez: “Un pensamiento puede ser cosa excelente, pero la realidad principia en la acción”. Y el maestro y el estudiante y el hombre múltiple han llegado a la convicción de que no es posible vivir fuera de la realidad, sino luchar para que esa realidad se haga digna de ser vivida por los hombres. Y que en la Tierra florezca otra vez la sonrisa amplia de la naturaleza y el espíritu, que los poetas trasladaron a la utópica edad del oro, porque no cabía en los estrechos límites con que el hombre se ciñera voluntariamente. Lamentablemente.

Habrà mucho que luchar antes de que el día llegue. Pero la lucha es hermosa y digna de mentes juveniles. Esa lucha ajena al arma. Al odio de razas. Esa lucha intelectual y manual que dignifica al hombre, “Repugna lo que se conquista fácilmente. Bello es obtener las cosas en difícil superación”. Las palabras de Gothe deben ser un índice que señale hacia adelante y muestre rutas aún no holladas. Recién entonces, cuando nuestros ideales se hagan realidad, vendrá el día digno del hombre. Un día que será distinto de todos los días, como escribió un poeta exquisito que vive unido a nosotros.

Habéis venido a la Escuela Normal, ex- alumnos de la casa, para cercioraros de que en ella late el espíritu que os animara en días no muy lejanos. ¿Lo encontrasteis en éstas, mis pequeñas palabras? Confío en ello, humildemente. Juventud es un concepto que no distingue generaciones. Tan jóvenes sois vosotros como estas cabezas arracimadas que os saludan por mi

boca. Sólo que las mentes, quizás, piensan distinto. Pero la diferencia no implica oposición, cuando se trata de esperanzas y de ideales. Tan sólo es complemento y devenir fecundo. Por eso, en momentos en que mis ojos os buscan para saludaros, me parece imposible distinguir vuestros rostros de los de mis compañeros de estudios. Hay una absoluta conjunción de cuerpos y almas. Una sola luz en las pupilas. Y la misma callada ternura en el corazón.

J.F. Cortázar.